# CASAS VACÍAS

Zacarías Fazio

En nuestra mejor época casi nos volvimos famosos. Éramos los intrusos de los que hablaban los diarios y la televisión. Nos gustaba ver el gesto desconcertado de los periodistas, al día siguiente, cuando los vecinos declaraban que *sentían* que alguien se había metido en sus casas durante la noche. Entrábamos, cambiábamos algún mueble de lugar, revisábamos las fotografías con detenimiento, mirábamos la tele, escuchábamos música. No nos llevábamos nada. Eso era todo. Lo que nos gustaba era que los anfitriones tuvieran la certeza de que habíamos estado ahí. Que encontraran la mesa de luz en la bañera o el ropero en la cocina. Lo hacíamos por el simple placer que nos producía vulnerar la intimidad de aquellos desconocidos que nos miraban con sus sonrisas congeladas desde esos típicos retratos familiares. Nos gustaba imaginarlos en el cine, riéndose a carcajadas con alguna comedia estúpida, o emborrachándose tranquilamente en el cumpleaños de algún amigo, mientras nosotros revolvíamos sus cosas.

Ana solía pasarse un buen rato revisando los botiquines de los baños. Decía que de esa forma llegaba a conocer a los anfitriones mejor de lo que conocía a sus propios padres. El olor de la intimidad, siempre distinto. Yo prefería las mesitas de luz. Una vez di con un tipo que tenía los tres cajones llenos de chapitas de coca-cola de todas las épocas imaginables.

Esa fue nuestra mejor época. Nunca supe muy bien qué había entre nosotros. Evidentemente había *algo* que nos mantenía unidos, algo impreciso y vagamente peligroso. Al principio fueron el alcohol y el cigarro, que consumíamos en cantidades industriales, como intentando acolchonarnos contra todo lo que nos rodeaba. Después hubo ciertos episodios de violencia; uno en particular, digno de mención, que tuvo lugar en un hotelucho de mala muerte y que desembocó en una frase denigrante de mi parte y un gran cenicero de vidrio que me abrió la ceja derecha. Hoteles de la carretera en los

que nos registrábamos con nombres falsos y nos íbamos sin pagar. Hasta que descubrimos lo fácil que era meterse en una casa de familia cuando no había nadie. Esas casas de balneario, con sus límites tan débiles: portones de un metro de altura, cercos de plantas espinosas, luces exteriores para engañar a los neófitos. Íbamos con Greta, nuestra perra cimarrona, porque algunos usaban perros de guardia. En esos casos elegíamos fechas en las cuales Greta estuviera en celo, así los perros quedaban completamente idiotizados. Entrábamos por alguna ventana mal asegurada o por la puerta trasera de la cocina. Si la casa valía la pena encontrábamos la forma.

Enseguida le agarramos el gusto al asunto. Ana siempre había trabajado cuidando niños o atendiendo teléfonos que nunca dejaban de sonar y yo había rebotado sin pena ni gloria de un oficio a otro, entre la carpintería y la mecánica automotriz, de modo que aquello de las casas vacías se convirtió en lo más parecido a un buen trabajo que habíamos tenido nunca.

Una vez nos encontramos con un cuarto infantil completamente adornado con estrellitas, peluches y ese tipo de cosas. Ana se quedó congelada mirando todo eso con una cara que nunca antes le había visto. Ni siquiera quiso entrar al baño para ver qué había en el botiquín. Ese fue el momento exacto en el que todo empezó a salir mal. No pasó nada esa noche en particular, pero en retrospectiva ahí cambiaron las cosas. En esa cara que nunca antes le había visto. Fue después de eso, dos o tres casas más tarde, mientras brindábamos en el sillón de un profesor de geografía divorciado –si no era profesor de geografía al menos tenía decenas de manuales de esa materia en su biblioteca–, cuando Ana me confesó, un poco borracha, que soñaba con tener un hijo y una casa propia en la que pudiéramos quedarnos más de una noche. Dijo que quería una vida.

Esta es nuestra vida, le dije, señalándole el living a oscuras.

Dijo que no con la cabeza.

Me refiero a una vida *normal*. Esto de andar de arriba para abajo está empezando a cansarme. Voy a llegar a los treinta, quiero algo más que esto.

No dije nada. Ana se quedó pensando en sus propias palabras. Después completó la idea:

Treinta. Es como si después de los veinticinco el tiempo hubiese empezado a correr en caída libre.

Nunca entendí qué quiso decir con eso de tener una vida *normal*. Estábamos tomando un buen vino en el sillón del living y afuera la perra dormía en el porche como en cualquier casa de familia. Si no lo pensabas demasiado, si no le dabas muchas vueltas al asunto, era igual a lo que hacían todos los demás. Es una vida completamente *normal* si eso era en lo que te fijabas. Incluso, si cerrabas los ojos, podías llegar a creer por un instante que estabas en tu propia casa.

¿No te gusta esto?

Mi pregunta fue auténtica. A mí me gustaba todo eso que ella había definido, un poco despectivamente, como *andar de arriba para abajo*. Me hacía sentir vivo. Disfrutaba mucho de meterme por unas horas en las vidas de aquellas personas: me encantaba usar sus duchas calientes, acostarme en sus camas, probar los alimentos de sus heladeras y emborracharme con sus copas de vino a medianoche, mientras hacía zapping desde la comodidad de sus sillones. Hasta disfrutaba acariciando a sus gatos, muchos de los cuales terminaban acurrucados contra mi falda mientras les masajeaba la parte trasera de las orejas y les contaba todo lo que se perdían por estar encerrados siempre ahí.

Ana seguía un poco rara así que me levanté del sillón y fui hasta el imponente equipo de audio que había junto al televisor. El profesor de geografía tenía un gusto musical muy variado. Elegí un disco de grandes éxitos de Bocelli y le di play. Estábamos a oscuras en una casa que no era la nuestra, Bocelli cantaba *Con te partirò* y teníamos un par de botellas de tinto para tomar. El profesor de geografía, donde carajo estuviera, no iba a volver esa noche, de eso estaba seguro. A esa altura había desarrollado tal intuición para el oficio que prácticamente lograba adivinar la rutina de las personas con solo entrar a sus casas. No me cabía en la cabeza cómo alguien podría llegar a querer alguna otra cosa de la vida. Pero ahí estaba Ana, recostada en el sillón, mirando

vagamente la tele con cara de insatisfacción y pensando en esa otra vida que no tenía, que nunca iba a tener, como si todo nuestro esfuerzo, el arte de encontrar la casa indicada, no significara nada en absoluto.

No entiendo, dije finalmente, un poco cansado de todo ese asunto.

Ya lo sé, dijo ella.

Me sonrió con cierta compasión, como si toda aquella situación encerrara una verdad demasiado grande como para que ella pudiera ponerla en palabras, algo para lo que yo no estaba y nunca iba a estar preparado. La odié un poco por eso. Me sentí estafado. Tuve ganas de susurrarle algo humillante, como aquello que le dije la vez que me atacó con el cenicero de vidrio. Había conseguido que Bocelli y la oscuridad y el vino quedaran en segundo plano; parecía decidida a recordarme, a como diera lugar, que mi vida estaba tan descarriada como la suya y que necesitaba un cambio radical. Estuve a *esto* de decirle cualquier cosa.

No entiendo qué es lo que querés. ¿Una vida normal, como la de este viejo tarado? ¿Es eso?

Mientras le hacía esta pregunta agarré una foto en la que el profesor de geografía sostenía una caña de pescar desde la que colgaba un enorme pescado verdoso, en la orilla de algún arroyo, no muy lejos de ahí seguramente. El tipo llevaba una camisa polo y uno de esos chalecos de pesca con anzuelos viejos clavados en la solapa. Era un perfecto imbécil. Un idiota con una gran colección de discos y un minibar repleto de bebidas como para sobrevivir al apocalipsis. El mundo estaba lleno de gente así. Nadie en su sano juicio podía querer ser como ellos más de una noche.

No es eso, dijo ella.

¿Entonces qué es?

Empezaba a ponerme un poco ansioso. Ella no decía nada, así que me vi obligado a seguir hablando.

Esta es tu vida, nuestra vida, no tiene nada de malo. Es como vivir muchas vidas al mismo tiempo, una distinta cada noche, si mirás el lado positivo.

Eso es justamente lo que no soporto más, dijo ella. En estos momentos me doy cuenta de que nada de esto es nuestro, de que en realidad no tenemos nada, que este sillón y esta copa de vino son de otro. Y es una sensación de mierda.

Esa es la gracia.

Entonces Ana volvió a sonreír dándome a entender que para ella todo eso ya no tenía ninguna gracia. Ese tipo de sonrisa que le dedican ciertas personas a los viejos dementes o a los retrasados mentales. Era una forma de decirme, sin decirlo, que yo era el problema.

La última casa que visitamos juntos fue una construcción de ladrillos de dos pisos rodeada de pinos que quedaba en una calle sin salida. Lo hicimos después de la medianoche, forzando la cerradura de una puerta lateral. En la mesita de luz había una biblia, tres cajas de Pall Mall, un reloj parado en las seis menos veinte y un número viejo de la revista Muy Interesante. Eso fue tres casas después de la conversación en lo del profesor de geografía. Ahora me parece que las cosas salieron como salieron, que me falló el instinto, digamos, porque no estábamos mentalmente preparados, porque algo, lo que fuera, se había roto esa noche en lo del profesor de geografía. Escuché que Greta ladraba de manera insistente en el jardín y casi enseguida vi aparecer las dos luces amarillas del auto. Ana estaba en el baño, a un pasillo de distancia de la puerta lateral, con posibilidades de salir sin ser vista. Yo no tenía esa suerte: la única salida del cuarto daba al living, completamente bañado por las luces del auto que esperaba atrás del portón del jardín. Escuchaba el ronroneo del motor en punto muerto. Vi la sombra del tipo cortando las luces mientras abría el portón. Y después lo vi mirando fijamente hacia la oscuridad. No me sorprendía la situación. Siempre supe que iba a terminar así.

Los ladridos de Greta se intensificaron hasta que en determinado momento se escuchó un estruendo que hizo temblar la casa seguido de un ruido seco que nunca antes escuché pero que no tardé en identificar como el ruido que hace el cuerpo de un perro mediano, cruza de labrador con otra raza indefinida, al

desplomarse sobre el suelo de madera de un porche. Entonces todo se quedó en silencio, todavía con las luces amarillas del auto apuntando hacia el interior de la casa. Le susurré a Ana que saliera por la misma puerta por la que habíamos entrado y que se perdiera por el terreno baldío que había al final de la calle cerrada, un monte de acacias y yuyos. Que yo la iba a alcanzar después. Mientras oía sus pasitos vacilantes en dirección al fondo de la casa me puse a pensar en mi suerte y me di cuenta de que todo se reducía a una cuestión de probabilidades: cuántas probabilidades hay de que quien vive en la casa que elegiste esa noche vuelva antes de que vos te vayas y cuántas probabilidades hay, en caso de que esto ocurra, de que quien vive en esa casa tenga en sus manos un .38 cargado al momento de volver, evitando que puedas salir corriendo por donde entraste, como hiciste otras veces. Si lo pensás así, como hacía yo en esa época, te das cuenta de que no es muy probable que pase nada. Pero, como dije, siempre supe que existía la posibilidad, y en el fondo sabía que iba a terminar de ese modo.

Y me acordé de una plegaria que había leído en uno de los tantos libros que había encontrado encima de alguna mesita de luz ajena, mientras Ana probablemente imaginaba en secreto nuestra próxima vida.

Decía algo así:

*Señor, dame serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar,*

*fortaleza para cambiar lo que soy capaz de cambiar*

*y sabiduría para diferenciar lo uno de lo otro*.

Entonces abrí una de las cajas de Pall Mall y busqué fuego y encendí un cigarrillo. Durante un momento pensé en el vestido azul de Ana atravesando el baldío de acacias y desapareciendo en la oscuridad. En la mirada que puso cuando vio aquel cuarto de niño. Hasta que escuché que el dueño de casa abría la puerta y caminaba por el living. Si tan solo pudiera explicarle a aquel tipo armado con un .38 que no éramos malos, que solo veníamos de lugares malos, y que ya nos íbamos.